

Alma Joven



A MARIA, EN EL AGUSTO MISTERIO DE SU CONCEPCION INMACULADA

Con el místico arrobamiento de sus juveniles almas, los Congregantes Marianos de Murcia, consagrados a vuestra fervorosa devoción, Madre bendita, quisieran dedicaros en la solemne fiesta de vuestra Concepción Purísima, un homenaje digno de vuestra Soberana grandeza y de su amor; más, por desgracia, la imperfección de su naturaleza, limita a las modestas proporciones de sus humanos afectos, la expresión de los amorosos deliquios del corazón de vuestros hijos.

Suporta, pues, vuestra bondad, Madre adorada, la deficiencia de la mezquina condición de vuestros hijos y cuando en ese hermoso día en que España entera luce sus gala para confirmarnos en el patrio cimiento de esta católica Nación, los «Luises» murcianos, al renovar la profesión de vuestro culto como norma y fundamento de sus vidas, fortalecida el alma con el divino manjar, os ofrenden en el aroma de sus oraciones, las primicias de sus afectos más puros. Dignaos, Señora excelsa, recibir ese homenaje, que en nombre de esta Real Congregación Mariana, se anticipa hoy a rendiros humildemente la Redacción de ALMA JOVEN en testimonio de su devoción y de su fe inquebrantable.

¿Milagros?

No, no busques milagros. No es preciso que hagas penosos viajes en busca de nuevos motivos de credulidad para tu Fé.

Hay un milagro patente a todos: los sabios y a los rudos, a cuantos quieren cerrar obstinadamente los ojos. Un milagro que se observa desde todos los pueblos, desde todas las ciudades, desde los bosques y desde las cumbres de las montañas. Es un milagro tan visible como el sol. Mejor diré: más visible que el sol, pues se vé aun en medio de las tinieblas de la noche.

¿Cual es ese milagro? La vida de la Iglesia Católica sobre la tierra.

Su nacimiento fué un milagro que no ha podido negar sus enemigos.

Quien ha podido explicar humanamente el fenómeno de que hombres ignorantes, de las más bajas capas sociales, sin ejércitos, sin el apoyo de los poderosos, hayan podido difundir por el mundo una Religión, enemiga del placer, y que vino a predicar la lucha implacable contra las riquezas, contra la soberbia y contra todas las pasiones humanas?

La guerra europea que ha matado tantas cosas en la tierra no ha podido matar a la Iglesia. ¡Matarla! ¡Si parece que le ha dado nueva vida el estruendo de los cañones!

Han caído reyes, se han despedazado naciones, han naufragado instituciones seculares, ha cambiado la faz de la tierra, descendiendo el cetro del poder, desde las manos del soberano a las del pueblo... Todo ha cambiado... La Iglesia sigue viéndolo intrépida ofreciendo al mundo la paz con las Tablas de la Ley y el libro de los Evangelios. Y sigue siendo enemiga de los soberbios y poderosos, predicadora de la pobreza y del sacrificio. ¿Quieres mayor milagro?

Si; aun lo parece mayor. Para humillación de los sabios, de los poderosos, de los sectarios, Dios ha querido hacer un nuevo y estupendo milagro. Ha hecho que el reino admirable de Dios sobre la tierra, compuesto de todas las razas de hombres que hablan todos los idiomas y educados en todas las civilizaciones, tenga hoy especialmente como alma de su ser, como espíritu de su vida a una Mujer, la Santísima Virgen.

Siempre la amó el pueblo, pero

hoy es la flor más delicada de todos sus amores.

Y no es esta una afirmación hija de la exaltación mística de un hijo enamorado. ¿No nos está diciendo constantemente la experiencia que la devoción expansiva, dulce, universal, fácil, humilde y práctica a la Virgen María es el muro más inquebrantable para resistir las olas de la sensualidad y el sostén más poderoso de la vida del Catolicismo? No estamos viendo que el último rayo de luz que se disipa en el alma del pecador es el de la fe en la Madre de Dios?

Ya lo ois, jóvenes Congregantes. Si no queréis naufragar en el mar de las pasiones asidos a esa Tabla de Salvación. Si queréis conservar la fe no cerréis jamás los ojos del alma para que esta Estrella del Mar os oriente en las noches de la vida. Sed siempre buenos, que la bondad es el cauce purísimo por donde descienden desde el corazón de la Virgen hasta el nuestro, raudales de luz, de belleza y de consuelos que hacen gozar al alma anticipadamente de las dichas del Paraíso.

J. M. N.

A María Inmaculada

Alumbren los ojos de mi entendimiento los fulgidos rayos del sol de las inteligencias para cantar hoy un himno a María Inmaculada.

Tenga mi voz armonías celestiales para juntarlas al himno universal que los arroyos y los torrentes y las hojas y las brisas y las olas de ese mar, del que es indeficiente estrella la Inmaculada Concepción, y el sol que le sirve de corona, y los luceros de la mañana, pedrerías de su manto imperial y la tierra que es su escabel elevan a María Inmaculada.

A María Inmaculada en cuya creación agotara el Eterno los recursos de su poder si no fuera Omnipotente.

Miel en los labios es tu nombre ¡oh María Inmaculada!, música de suavísimo concierto en los oídos de los que te adoran, fortaleza en el pecho del desgraciado e inspiración y fuente de todo arranque generoso en el alma de los hombres.

Llena de tu nombre está la historia de todo pueblo católico, en especial del pueblo español, y por eso tu imagen bajo advocaciones distintas, ocupa lugar preferente en todos los templos.

En tu honor, María, regeneradora de la humanidad, se levantan monumentos y altares; en la choza humilde y en el palacio suntuoso, en campos y ciudades, en las áridas y empinadas crestas de las montañas, como en el seno de amonios valles y frondosas selvas, y en los altucados troncos de airoso y corpulentos árboles.

Tu nombre sacrosanto, es amparo, guía y égida así para el noble como para el plebeyo, para el rico y para el pobre y por reina de cielos y tierra te reconocen y aclaman sabios legisladores, artistas y guerreros, y tu inspiración sublime preside todos los actos sublimes de la humanidad.

¿Qué fuera del género humano sin Ti, sin tu Concepción Inmaculada y sin tu intercesión divina?

Sin Ti, no hubiera sido roto el arco de la venganza divina, ni se hubiera verificado la reconciliación del cielo con la tierra; no hubiera aparecido la gracia enfrente del pecado, la misericordia templando a la justicia, la virtud sobreponiéndose al pecado y acallando los poderosos del mundo.

Sin Ti, los hombres carecerían de tan poderosa intercesora; los ángeles no tendrían tan esplendente reina; faltaría al

Cielo tal adorno y encanto, al mundo su lumbrera, a la Iglesia su maestra y a Dios una madre.

¡Cuánto en tu honor decir quisiera! ¡Oh María! Más hermosa que los astros que tachonan la azulada bóveda, más fecunda que la tierra sembrada de flores, más resplandeciente que al cerúleo firmamento; pero ¿cómo narrar tus maravillas, ni ofrecer a tus plantas un canto digno de Ti, por encendido que en tu amor esté mi corazón? ¿Qué puede decir en tu honor y alabanza ninguna lengua, ni escribir ninguna pluma terrenal, «de aquella» a quien Dios halló pura y de «Ella» está enamorado?

¡Madre mía! He aquí la más breve, sí, pero la más simpática y expresiva de las plegarias con que tus hijos acuden a Ti. Muchos títulos te adjudican los mortales en sus aflicciones y necesidades; más ninguno tan grato como el de Madre del género humano.

¡Madre mía! Así gritó Peñayo en Covadonga.

¡Madre mía! gritaba el Cid, al cerrar contra la infiel morisma.

¡Madre mía! Tal fué la plegaria de San Fernando, que escucharon las impetuosas aguas del caudaloso Guadalquivir.

¡Madre mía!, fué el grito de Isa de Leabe los muros de Granada.

¡Madre mía!, gritó Colón al ver que por fin surcaba los mares, henchido de esperanza de descubrir nuevos mundos que alabarán y bendijera a tu nombre.

¡Madre mía!, debe ser también hoy el grito de todos tus Congregantes para suplicarte que vuelvas tus ojos misericordiosos a esos seres que, infortunada los desconocen tu amor, y sumidos en las tinieblas de la ignorancia no viven la vida de tu ternura y están repletos de pecados. ¡Salvalos, Madre adorada!

EL SECRETARIO

de la Real Congregación Mariana

MATER INMACULATA

Madre bendita de mis amores
A la que adora los querubines,
A la que ensalzan los ruiseñores,
Desde las ramitas, llenas de flores
De los jardines.

Entre tu pueblo, llevo ignorado
Junto a las gradas de tus altares,
Que de tus gracias, enamorado
Quiero cantarte, sin ser notado
Dulces cántares.

Los predilectos de la poesía
Te aclaman ¡Reina Inmaculada!
Ah! si tuviera su fantasía,
De otra manera te ensalzaría
Virgen Amada.....

Porque mezclado con tus cántares
Rosa fragante de los jardines,
Cantar pudiera, como en las flores
Cantan tus gracias los ruiseñores
Y colorines.

Angel ESCURRA SANCHEZ

Rebate y Noviembre de 1.920.

La sonrisa de la Inmaculada

Sobre mi mesa de trabajo, tengo una Inmaculada Concepción, a quien cuento mi penas y mis alegrías.

Escribo siempre con optimismo, porque la tengo delante, porque me mira, porque me sonríe... ¡Oh su sonrisa!

Todas las mañanas a las dos, me levanto y me siento a trabajar. Al sentarme, lo primero que veo es su sonrisa, me mira con ella...

En las cuartillas en alta voz, las declamo; miro a la Inmaculada... Unas veces, creo

ver en su boca una sonrisa franca. Entonces, cojo un sobre y escribo Para «Alma Joven». Otras, veo, claramente, una sonrisa burlona una sonrisa que quiere decir algo menos agradable que la otra. En este caso, rompo lo escrito y me rio con mi Inmaculada...

* *

Hoy, como siempre, me he levantado a escribir, a escribir algo sobre la Inmaculada Concepción... En su boca, floreció, como siempre, la sonrisa.

...Terminé. Leí; miré a mi Virgen... ¡y no adornaba su cara ni la sonrisa franca, ni la sonrisa burlona!

Estaba triste, muy triste, mirando al Cielo como si pidiera perdón...

Nunca, al escribir, lloré... ¡y hoy!

Antonio F. ESCOBÉS

En la fiesta de la Inmaculada PLEGARIA

SEÑORA: Que giren, regocijantes, en lo alto de las torres las sonoras campanas; cubran de fragantes flores tus altares vuestros hijos predilectos y que cien cristalinas lámparas irradien sobre tus imágenes benditas, Canten los músicos sentidas melodías; tañen su lira de plata los poetas, y los artistas todos os ofrenden las primicias de su mente creadora

Descubran los teólogos las gracias inmensas de tu Concepción sin mancha y sean predicadas ora en las cátedras de las escuelas, ora en las tribunas de los ateneos y de toda suerte de asambleas. Y la oratoria más elocuente, y la poesía más bella y los más dulces ritmos de la música circunden tus tronos en corte de amor, entonando himnos magníficos de honor y gloria a tu pureza.

Yo, Virgen mía, ni teólogo, ni orador, ni músico, ni poeta, me atrevo sólo a acercarme hoy a tu trono, tímido, con la timidez del niño, para elevarte una plegaria: escúchala propicia en memoria de tu misteriosa Concepción inmaculada. Más no te pediré ahora que salves mi honra, como salvaste cuando la calumnia la envolvió en sus redes; no te pediré que sanes a mis hijos, como sanaste a los pequeños y al mayor, de mortal o angustiosa dolencia; no te pediré que consules mi espíritu como lo consolaste en días de tribulación y adversidad; ni que suavices y mitigues mis quebrantos, como entonces, en la pérdida eterna de mis padres y amigos.

No te pediré que alumbres mi espíritu con la luz de la Fé divina, ni que le bañes en el seno de tu misericordia, como le alumbraсте en el tiempo de la deuda y le bañaste en los negros días de mis mayores iniquidades. No, Yo, quiero pedirte, y te pido con vehemente anhelo que fomentes, desarrolles, fortifiques y propagues *urbi et orbe*, la tan suspirada pífenda católica de verdad; que bendigas la pluma de sus escritores para que estos reciban inspiración y el poder de destruir la prensa anticatólica y se revistan de valor hasta llegar al martirio.

Te pido, que enardezcas el entusiasmo de sus lectores y organizadores